



# **La verdadera historia del Ratoncito Pérez**

**(o por qué deberíamos llamarlo Capibara Peonza)**



ANTONIO LOZANO

# **La verdadera historia del Ratoncito Pérez**

**(o por qué deberíamos llamarlo Capibara Peonza)**

Ilustraciones de Alex Omist

**edebé**

© Texto: Antonio Lozano, 2021  
© Ilustraciones: Alex Omist, 2021

© Ed. Cast.: Edebé, 2021  
Paseo de San Juan Bosco, 62  
08017 Barcelona  
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41  
contacta@edebe.net

*Directora de Publicaciones:* Reina Duarte  
*Editora de Literatura Infantil:* Elena Valencia  
*Coordinación de Producción:* Elisenda Vergés-Bo  
*Diseño de la colección:* Book & Look

1ª edición, febrero 2021

ISBN: 978-84-683-5007-3  
Depósito legal: B. 8405-2020  
Impreso en España  
Printed in Spain  
EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*A mi hijo Max, poseedor de las dotes  
de mando de un faraón  
y amante de las capibaras de peluche.*





**A**l primer Ratoncito Pérez se le conoció en sus tiempos como Ratoncito Carbajosa. Bueno, la verdad es que el primer Ratoncito Pérez —o Ratoncito Carbajosa, como se hizo llamar— no fue un ratoncito. El primer Ratoncito Pérez fue una capibara. Las capibaras son los roedores más grandes del planeta, viven en bosques y sabanas, y les chiflan el agua y el barro. Esta capibara en particular se llamaba Peonza.



«¿Que el ratoncito de los dientes no solo no se llamaba Pérez, sino Carbajosa, y que además en sus orígenes fue un ratonazo? ¡Menuda locura es esta!», os diréis. No temáis. Este cuento llega para explicároslo.

A ver, cuando vosotros, niños y niñas, decís, por ejemplo:

—¡Mamá! ¡Se me ha caído un diente!





Y vuestra mamá os responde:

—Muy bien, cariño. Esta noche lo colocaremos bajo la almohada y el Ratoncito Pérez te hará una visita.

La respuesta correcta sería:

—Muy bien, cariño. Esta noche lo colocaremos bajo la almohada y la Capibara Peonza te hará una visita.

O cuando decís:

—¡Papá! ¡Me baila un diente!

Y vuestro papá os responde:

—¡No te lo toques! No tengas prisa. El Ratoncito Pérez vendrá a su debido tiempo.

La respuesta correcta sería:

—¡No te lo toques! No tengas prisa. La Capibara Peonza vendrá a su debido tiempo.



Las conversaciones entre vosotros, niños y niñas, y vuestros papás y mamás acostumbran a ir por ahí. Pero mira tú que ahí donde tendríais que juntar las letras que forman «Capibara», juntáis las letras que forman «Ratoncito». Y donde tendríais que juntar las letras que forman «Peonza», juntáis las letras que forman «Pérez». ¿Seguís en estado de *shock*? Normal, normal. Tomemos aire un momento para recuperarnos. Así, muy bien. Prosigamos.

Como habréis escuchado decir infinidad de veces a los mayores, probablemente con el ceño fruncido y un tono de voz grave: «La vida está llena de injusticias». No andan desencaminados. Prueba de ello es que importantí-



simas creaciones del ser humano llevan el nombre equivocado. La Torre Eiffel, sin ir más lejos, se bautizó así por el ingeniero Gustave Eiffel, que la concibió.





¿Pero quién le dio la idea, a ver? Pues su pequeño sobrino, Maurice Tartelette, de seis años, a quien observó una tarde sobre el soleado césped de un parque de París amontonando las chapas de limonada que coleccionaba ávidamente. Sin embargo, ¿alguien ha visitado la capital de Francia para subir a la Torre Tartelette? ¡INJUSTICIA! Y no dejéis, niños y niñas, que empiece a hablar del monte Everest, del baño María, de la ensaladilla rusa o de la espada Excalibur, pues me pongo enfermo. ¡ENFERMO!

Ya me calmo, ya me calmo.

Además, la historia que nos reúne no es exactamente la historia de una injusticia. No hubo una Capibara Peonza a la que un malvado Ratoncito Pérez envenenó para



subir al trono de los repartidores de regalos a cambio de dientes. Pero no adelantemos acontecimientos. Como nos decía nuestra abuela Pepa los domingos que íbamos a comer a su casa: «El pastel siempre al final, igual que el aplauso tras el recital». Por cierto, qué rabia nos producía a todos los nietos el comentario, animándonos a darle furtivos lametazos o a arrancarle un pedacito cuando nadie nos veía.

Perdón, perdón..., me estoy yendo otra vez por las ramas.

